

Un whisky doble

A Antonio le despierta la alarma a las 7 de la mañana, como todos los días. Entra la habitación un rayo de sol que le es suficiente para ver a sus hijos y a su mujer salir por la puerta. La cabeza le da vueltas y le está a punto de estallar. Ayer se volvió a pasar con la bebida, como cada tarde desde hace 5 años. Se levanta de la cama con decisión, ese día va a cambiar, no va a volver a probar una gota de alcohol. No puede seguir viendo la vida de sus hijos pasar como si nada.

Se viste e intenta desayunar, pero con la primera cucharada de cereales se le revuelve el estómago. Mañana se despertará en mejores condiciones y podrá desayunar con su familia. Baja al garaje y arranca su viejo Seat León, el coche tiene bastantes años y no le es fácil ponerlo en marcha. Conduce todo lo rápido que puede por las calles de Madrid y deja el coche en el aparcamiento de la empresa.

Entra en el despacho decidido, enciende el ordenador y se pone a redactar los informes que tenía acumulados. No se siente cómodo en ese ambiente, hay demasiada luz y ruido y odia trabajar bajo presión. Abre la carpeta “informe mensual” de su escritorio y se le viene encima una avalancha de números, la pantalla del ordenador se llena de gráficas y cuentas. Resopla y se empieza a agobiar. Abre el primer cajón de su escritorio y echa mano de la petaca de whisky, necesita un trago de su elixir para coger ánimo y enfrentarse al ordenador. Tiene esa botella ahí guardada desde el primer día que entró a trabajar. Cada vez que necesita fuerza le da un trago, como Popeye con las espinacas, solo que en vez de ayudarlo, le dificultan más el trabajo. Cada media hora pasa el jefe por su despacho para recordarle que hacía tres días que tenía que haber entregado el informe. Eso le agobia más y abre el cajón de su escritorio otra vez. Al darse cuenta de todo el trabajo que le queda por hacer vuelve a abrir el cajón. Cuando

acaba la jornada no queda más licor en esa pequeña botella, lo había acabado poco a poco.

Sus compañeros le miran con cierto recelo mientras sale de la oficina, están acostumbrados a verle así, no camina recto y huele ligeramente a alcohol.

Por ahora esa forma de vida que quería cambiar sigue igual, ya no piensa en sus hijos ni en su mujer. Es el alcohol el que ocupa todo su pensamiento, el motor de su día a día.

Se sube en el coche, cierra la puerta y se da cuenta de lo mareado que está. Para un segundo y se pregunta en voz alta:

- ¿Qué estoy haciendo?

Antes de poder encontrar una respuesta a la cuestión se encuentra aparcado en frente del bar que visita cada tarde. Entra y siente que ese es su ambiente: silencio, oscuridad y lo que de verdad le importa, el alcohol. Da igual qué licor sea, lo importante es una bebida que calme esa necesidad que tiene. La poca luz que hay no le permite distinguir quién está detrás de la barra, tampoco le importa, solo quiere que le sirvan un whisky doble.

Empieza a perder el control sobre sí mismo. Mira el reloj, las 6 de la tarde, hacía una hora que tenía que haber recogido a sus hijos del colegio. Otra tarde como todas, cerca de la bebida y lejos de lo que de verdad quiere. Todo sigue igual. Mañana tampoco iba a desayunar en familia.

- Otro whisky doble, por favor

Asier Antelo

El inspector

Una mañana de invierno a Alexander le despierta una llamada. Es David su compañero de trabajo. Esa noche había dormido poco, se prepara un café para despertarse, se viste y coge el coche en dirección al museo de la ciudad.

Cuando llega entiende rápidamente lo que pasa, coches y un cordón policial en torno al edificio, había sucedido un robo esa noche. David le explica a Alexander, inspector del cuerpo de policía desde hace un par de años, lo que había sucedido. Las cámaras de seguridad han grabado al guardia del museo llevándose dos cuadros de un valor incalculable, los más famosos del país.

El inspector saca su libreta del bolsillo derecho y empieza a anotar todo lo que ve. No hay ninguna ventana reventada, la puerta no había sido forzada y las cámaras tampoco estaban dañadas. Uno de los policías allí presentes le dice que la alarma no sonó y el único con capacidad de desactivarla era el guardia.

Todo apunta al joven encargado de seguridad del museo, sentado frente a una de las furgonetas. Alexander le pide un minuto al capitán para interrogarle y este se lo concede .

Está muy nervioso y murmura constantemente que él no es el culpable, mantiene la mirada fija en el suelo y mueve la cabeza de un lado a otro, negando, como si no se creyera todo lo que está ocurriendo. El inspector coge una silla y se sienta frente a él. Le pide que se

falta página

en el calabozo y un par de palos todos confiesan. Gracias Alex, siempre se puede confiar en tí.

Alexander coge su coche con una media sonrisa, le encantaba que todo saliese tan fácil. Al llegar a casa se tira en la cama agotado, había sido una noche dura. En frente, dos de los cuadros más cotizados del mundo, sólo le queda venderlos y salir del país. A un lugar donde no le reconozcan, pueda labrarse una reputación otra vez y repetir un robo similar sin que nadie sospeche.

Asier Antelo